



Capítulo 574: Haz lo que quieras, yo voy

El pasillo terminaba en un par de puertas de metal oscuro, adornadas con runas pulsantes que parecían ojos a punto de abrirse. Virgilio y Amón se detuvieron antes. El silencio era casi sólido—no había sonido de sirvientes, ni eco de maquinaria. Sólo el lejano susurro de la respiración del Abismo.

Amón chasqueó los dedos.

Las runas cedieron con un clic amortiguado y las puertas se abrieron por sí solas, revelando la oficina de la condesa Ingrid Asmoday.

El aire en el interior era espeso y brumoso, con humo gris de cigarrillo mezclado con un olor metálico a hierro y azufre. Las paredes eran de obsidiana viva, pulsando suavemente, como si el edificio en sí tuviera corazón. Cadenas colgaban del techo y, dentro de ellas, los cristales vacíos emitían un brillo frío e inquietante.

En el centro, detrás de una mesa hecha de un solo bloque de piedra infernal, Ingrid Asmoday estaba sentada —o mejor dicho, reclinada, con sus largas y bien formadas piernas cruzadas sobre la mesa y sus talones manchados de polvo y sangre apoyados sobre pilas de documentos.

Llevaba cuero negro y correas de metal trenzadas, una katana atada a la espalda y un cigarrillo encendido entre los labios. Sus ojos —rojos, felinos y llenos de desdén— miraban hacia arriba por encima de las gafas con lentes rojas que se deslizaban por el puente de su nariz.

Cuando Amón y Virgilio entraron, ella sopló una nube de humo en su dirección, sin prisa.



"Oh..." dijo ella, con la voz ronca, llena de ironía. "El gran Amón mismo. Qué honor. ¿Debo dejar la alfombra roja o preferirías pisar cadáveres como de costumbre?"

Virgilio arqueó una ceja. Su mirada se deslizó por la escena con total desinterés. Era como si estuviera mirando a un niño jugando a ser peligroso. Ni el cigarrillo, ni la mirada provocadora, ni el olor del poder demoníaco parecían afectarle.

Amón, sin embargo, mantuvo la misma expresión imperturbable.

"Ingrid," comenzó, con su voz profunda llenando la habitación. "Supongo que recibiste mi carta."

Se quitó el cigarrillo de los labios y lo dejó colgando entre los dedos, exhalando humo con una sonrisa torcida.



"Lo recibí", respondió ella con indiferencia. "Leí las tres primeras líneas, las encontré aburridas y tiré el resto a la chimenea. El informe está sobre la mesa en alguna parte. Tómalo y vete. Estoy ocupado."

Virgilio dio una pequeña sonrisa. Eso fue inesperado—e interesante.

Amón dio un paso adelante. "No estoy aquí sólo para el informe. Tenemos asuntos que atender."

Ella resopló una breve risa. "¿Y estoy prestando atención a tus 'asuntos'?" "Ya tengo suficientes problemas con el Abismo despertándose cada semana, los mineros volviéndose locos y el Vacío tratando de devorar la mitad de la ciudad. Si viniste a recoger algo, tendrás que hacer cola."



Su tono era insolente, casi perezoso. Pero el aire alrededor de Amón comenzó a cambiar. Pequeños arcos de energía infernal vibraban en el suelo, como si la realidad misma se doblara bajo el peso de su presencia.

Aún así, Ingrid no se inmutó. Ella dio otra calada a su cigarrillo y sopló el humo directamente en su cara.

"Puedes conservar ese aura de macho alfa, 'mi señor,'" dijo con una sonrisa burlona. "Yo soy el jefe aquí."

Amón guardó silencio durante unos segundos. Vergil, que había estado observando el intercambio con las manos en los bolsillos, dejó escapar un suspiro.

"¿Hablas en serio?" murmuró, sacudiendo la cabeza. "Dos siglos de poder acumulado, ¿y así es como los demonios más fuertes resuelven las cosas? ¿Una bocanada de humo y un ego magullado?"

Amón lentamente volvió su mirada hacia él, como si dijera: "Mantente fuera de tu profundidad." Pero Virgilio ya se había aburrido de la teatralidad.

Levantó la mano y se formó una ola invisible de maná alrededor de Ingrid. Por un momento arqueó una ceja, insegura de lo que estaba pasando.

Luego, su silla simplemente fue arrancada del suelo —tirada hacia atrás por una fuerza invisible— y ella cayó hacia atrás al suelo con una GRIETA metálica, su cigarrillo salió volando y se apagó al impactar.

El sonido resonó en toda la oficina.



Amón desplazó lentamente su mirada hacia Virgilio.

Virgilio simplemente se encogió de hombros, su rostro estaba tranquilo, casi aburrido. "¿Qué es? Ella me estaba molestando."

El silencio que siguió fue pesado y agudo. Uno de los cristales del techo se agrietó, liberando una fina voluta de humo azulado. La energía en la habitación cambió—el aire tembló.

Ingrid se puso de pie lentamente.

Su mirada, una vez perezosa, ahora ardía carmesí. Sus pupilas se contrajeron en hendiduras y una sonrisa peligrosa se extendió por su rostro. Cada movimiento hacía que los adornos metálicos de su ropa tintinearan como campanas de guerra.

"Uh..." dijo ella, pasándose los dedos por el pelo mientras su cigarrillo ardía olvidado en el suelo. "¿Entonces el niño decidió jugar a la brujería?"

Virgilio la miró inmóvil. "Sólo quería ayudar a que la conversación fluyera", respondió, con un toque de ironía.

Amón cruzó los brazos y observó. Su rostro permaneció impasible, pero había un destello de diversión en sus ojos.

Ingrid dio un paso adelante. El suelo bajo sus botas crepitaba. Su poder comenzó a manifestarse —un aura negra, atravesada por chispas rojas, como si el Vacío respondiera a su ira. Las paredes de obsidiana vibraron y una grieta atravesó la mesa de piedra.



"Amón..." dijo ella, con la voz ronca y llena de veneno. "¿Ese idiota es tu nuevo cachorro?"

Virgilio arqueó una ceja. "Morderé si es necesario."

Ella se rió. "Oh, qué lindo," murmuró. "Un mortal con una lengua afilada. ¿Vas a amenazarme ahora?"

Virgilio inclinó la cabeza y sus ojos brillaron con peligrosa calma. "No. Sólo tengo curiosidad por ver si esta actitud tuya coincide con el poder que dicen que posees."

El suelo tembló.



En un instante, Ingrid se movió —el sonido de las cadenas y el crujido del aire cortado por la katana resonaron por la habitación. Vergil simplemente levantó un dedo y apareció una barrera translúcida, bloqueando el ataque como si hubiera golpeado un vidrio sólido.

Su espada se detuvo a centímetros de su cara. Sus miradas se cruzaron— y por un momento, toda la oficina pareció contener la respiración.

Amón suspiró.

El silencio tras el impacto de la espada era casi sagrado. La punta de la katana de Ingrid todavía descansaba contra la barrera invisible de Virgilio, con chispas rojas y negras bailando entre ellas. El aire crepitaba, cargado de energía y hostilidad.



Amón se interpuso entre ellos durante unos segundos, observando como si viera a dos niños pelearse por un juguete. Luego dejó escapar un suspiro largo y profundo —el tipo de suspiro nacido de siglos de paciencia desperdiciada.

"Por el gusto de hacerlo..." murmuró, frotándose la sien. "Ustedes dos son imposibles."

Vergil giró la cara lo suficiente para mirarlo, como para preguntarle: "¿Y ahora qué?" Ingrid, por su parte, todavía mantenía su mirada fija en Vergil, con una sonrisa astuta tirando de sus labios nuevamente.

Amón suspiró de nuevo, más profundamente.

"Ingrid..." dijo, con tono tranquilo, casi cansado. "Él es tu superior. Por favor muestre un mínimo de respeto."

La frase permaneció en el aire durante unos segundos.

El silencio que siguió fue interrumpido por un único sonido: el suave crujido de la colilla de cigarrillo que aún ardía en el suelo.

Ingrid parpadeó. Ella miró a Amón. Luego miró a Virgilio.

Y entonces... ella empezó a reír.

Primero una risa apagada, luego más fuerte—hasta que el eco de su risa llenó toda la oficina. Fue una risa ronca y burlona, vibrando de incredulidad y un toque de locura. Se apoyó contra el escritorio agrietado y lágrimas de pura diversión brotaban de las comisuras de sus ojos.



"Superior?!" Ella repitió entre risas. "¡Oh, esa fue buena, Amón! En serio, ipor un momento pensé que estabas bromeando!" Se secó el rabillo del ojo y todavía se ríe. "¿Ese? ¿Ese pequeño mortal del traje?"

Virgilio arqueó una ceja, con el rostro completamente neutro, y dijo en un tono casi perezoso:

"¿Pequeño mortal? Ya lo había oído antes." Amón cruzó los brazos y observó la escena. Su mirada, todavía impasible, se fijó en Ingrid—y, sin cambiar de tono, murmuró:

"Mátala. Lo que."

El mundo se detuvo.

Vergil no respondió. Él simplemente respiró.

Y en el siguiente instante, la mitad de la mansión desapareció.

El sonido vino después.

Un rugido de destrucción atravesó el espacio-tiempo como un trueno arrancado del vientre del infierno. El techo quedó destruido, el suelo destrozado y una pared de energía azul atravesó la oficina, tragándose las paredes, los pilares, las ventanas —todo— en una sola ola devastadora.

Las cadenas se rompieron, los cristales explotaron en chispas de Void y el cielo sin estrellas de Last Night se iluminó con una explosión de maná demoníaco puro.



Amón se quedó quieto, con su capa ondeando bajo el impacto y sus ojos entrecerrados contra el polvo.

El tiempo parecía fluir en cámara lenta.

Fragmentos de piedra y metal flotaban en el aire como hojas suspendidas. Ingrid, sin embargo, ya no estaba allí.

Se había movido —lo suficientemente rápido como para que el ataque la rozara. Su silueta emergió de los escombros y aterrizó en una de las columnas que aún resistían la destrucción. Su cuerpo estaba cubierto de pequeños cortes, la piel ardía en algunos lugares, pero su mirada... su mirada ahora era puro shock.

Ella miró fijamente los restos vacíos de la mansión.

La mitad de ella simplemente... se había ido.

"Qué..." murmuró con los ojos muy abiertos. "¿Qué fue eso...?"

Vergil todavía estaba en el centro del ataque, con las manos en los bolsillos y el abrigo ondeando con energía residual. Su mirada se encontró con la de ella —fría, aguda, sin emociones.

Amón rompió el silencio.

"Eso, querida..." dijo con voz tranquila, como si comentara el tiempo. "Ese es el Rey Demonio que dijiste que era 'inútil.'"

El rostro de Ingrid palideció.



Por un segundo, se quedó quieta —el viento frío azotaba su cabello suelto, el olor a azufre y destrucción se mezclaba con el humo de su cigarrillo caído.

Entonces sus ojos se entrecerraron y todo su cuerpo se tensó. La energía comenzó a condensarse a su alrededor, como un torbellino de fuego y sombras.

"Demonio... Rey...?" Ella repitió, casi en un susurro. "¿Estás diciendo que este arrogante pedazo de carne... es él?"

Amón simplemente asintió. "Sí."

Eso era todo lo que necesitaba decir.

Porque en el siguiente instante, Virgilio desapareció.

El sonido que siguió fue el brutal desgarro del aire.

Un destello azul brilló frente a Ingrid— y antes de que ella pudiera parpadear, él estaba allí, a centímetros de su cara.

"Me dijeron que eras bueno..." Su voz sonaba baja, grave y aguda como una espada.

Sus ojos se abrieron, tratando de reaccionar, pero Vergil ya había movido el puño.

"...pero eres solo un mocosco arrogante."



El puñetazo golpeó como un trueno.

El impacto atravesó el suelo, el aire y la distancia. Ingrid fue lanzada como un proyectil—su cuerpo se estrelló contra columnas, paredes y capas de roca sólida. El sonido resonó como el rugido de una avalancha, el aire explotando en ondas concéntricas alrededor del punto de impacto.

Con cada kilómetro recorrido, la energía dejaba rastros de destrucción — cráteres, rocas derretidas, polvo aspirado hacia el vacío. Y, sin embargo, Virgilio no parecía haber ejercido toda su fuerza.

Simplemente miró fijamente el horizonte, sus ojos brillaban de un azul intenso.



Amon permaneció de pie entre los escombros, contemplando con calma el lugar donde había desaparecido Ingrid.

"¿Puedes manejar esto? Si ella no es capaz, puedes elegir a quien quieras que te acompañe al torneo," dijo, su tono ligero, casi casual.

"Me voy de aquí, gracias", dijo, y se teletransportó.